



Semanario Religioso

Redactores:

Director,
Ramón Junoy Sansalvador
Presbitero.
Editor,
Lic. Víctor Trejos
Administrador,
José J. Campos G.

Organo del CENTRO CATORICO

Lic. Matías Trejos

Lic. Víctor Trejos

Pbro. Ricardo Rodríguez

Con Censura Eclesiástica

Tip. Trejos Hnos. — San José, C. R.

Evangelio de la Dominica

«En aquel tiempo: Acercándose a Jerusalén, y llegando a dar vista a Betfagé, al pie del monte Olivete, despachó Jesús a dos de sus discípulos, diciendo: Id a esa aldea que se ve enfrente de vosotros, y sin más diligencia encontraréis una burra atada, y un pollino con ella. Desatadlos, y traédme los y si alguno os dijere algo, respondedle que os ha menester el Señor, y al punto os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el profeta: Decid a la hija de Sión: Mira que viene a tí tu rey, lleno de mansedumbre, sentado sobre una burra, y su pollino, hijo de la que está acostumbada al yugo. Idos los discípulos, hicieron lo que Jesús les mandó, y trajeron la burra

y el pollino; y los aparejaron con sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran muchedumbre de gentes tendían por el camino sus vestidos; otros cortaban ramos de los árboles, y los ponían por donde había de pasar; y tanto las gentes que iban delante, como los que venían detrás, clamaban diciendo: ¡Hosanna! al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor; (Matth., 21, 1-9.)

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, que ordenasteis que nuestro Salvador encarnase y sufriese muerte de cruz para el bien y provecho del género humano, y para presentar a nuestra imitación un divino y sublime modelo de humildad; concedednos por vuestra bondad que nos aprovechemos de las lecciones de su paciencia y merezcamos acompañarle en su resurrección. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor, etc.

Oid padres de familia

Una de las cosas que conmueven es ver un niño enfermo y mas aun, verlo muerto. Millares de niños mueren por falta de asimilación, porque los alimentos no pueden ser digeridos. Felizmente hay una preparación cuyos resultados son maravillosos. El estómago más delicado de un niño puede digerir la leche si se mezcla con una pequeña cantidad de ese prodigioso compuesto que se llama:

“EUREKA”

y cuyo precio está al alcance de todos.

Preparado únicamente por la Farmacia Central de Dengo Hnos. y Cía.

Heredia, C. R.

El eje de la historia

La Cruz de Jesucristo, bandera de la Religión, única sellada con el divino sello de la verdad, es el eje de la historia. Sin ella no puede explicarse ni el nacimiento, ni el desarrollo ni el fin del género humano.

Hacia ella gravitó el corazón de los pueblos en la antigüedad, porque todos esperaban a un Salvador, y el polo de sus esperanzas era el Oriente, era Jerusalén, era la Cruz, donde había de morir Jesucristo. Hacia ella gravitaban las inteligencias de los sabios, quienes pugnarán por vislumbrar los resplandores del Gólgota, y las espadas de los capitanes, quienes, para preparar los caminos de la Cruz, lucharon por reunir al género humano en una sola familia. Y Cirio inicia, con el imperio de los persas, la obra gigantesca; Alejandro la continúa, unciendo a su carro de guerra el Oriente y el Occidente; Roma la termina, estrechando entre las águilas al Universo, y colocando los últimos sillares del arco de triunfo por donde penetró en el mundo la Cruz de Jesucristo.

Empresa sobrehumana es cantar sus glorias, cuando ante la faz de las generaciones aparece la Cruz. Se ve el momento más augusto de la historia humana, en «la plenitud de los tiempos» y en la cima de un monte, centro geográfico del planeta conocido en la antigüedad, en la cima del Gólgota, y en medio de otras dos cruces, como indicando que en lo sucesivo todo había de girar en torno suyo; y teniendo a sus pies, como representada, a toda la humanidad; porque allí se encuentran los romanos, representación de los gentiles, que en lo futuro abrazarán la Religión de Jesucristo; allí también los Judíos, que simbolizan las almas voluntariamente ciegas a las inspiraciones de la fe; allí los pecadores, representados en los dos facinerosos, y allí también los santos, simbolizados en San Juan; allí las pasiones más bajas del corazón encarnadas en la plebe judía, ¡vociferante y borracha de odio contra Jesucristo, y allí también las dos notas más sublimes del corazón humano, la inocencia y el arrepentimiento, simbolizados en dos mujeres; en María Santísima, azucena de pureza enroscada por la sangre del martirio, y en María Magdalena, la mujer arrepentida, «sionaria de amor enredada en el árbol de la Cruz».

Un hombre, por Dios elegido, de la misma cumbre del Gólgota toma la Cruz, y con ella en la mano se dirige a la conquista del Universo. Es Pedro, el pescador de Galilea, el primer eslabón de esa dinastía, que comienza con treinta pontífices martirizados, y termina con Benedicto XV, prisionero hoy en el Vaticano, de la revolución; es Pedro, el fundador de la dinastía de los pontífices romanos, la única inmortal en la Historia, cuyos blasones son la santidad, la ciencia, la persecución, el sacrificio y el martirio.

De Pontífice en Pontífice, desde San Pedro a Benedicto XV, va pasando la Cruz, y detrás de la Cruz, que, como bandera, enarbolaba el Pontífice, recibiendo de ella luz, inspiración hermosa para la fantasía, sentimientos para el corazón, ideas para la inteligencia, comienzan a marchar los siglos todos, en desfile majestuoso y soberano, por el camino de la Historia. Así pasan las cuatro primeras centurias con sus apóstoles, sus apologistas, sus millones de mártires, sus rogantes concilios; así el siglo V, en que el sol está cubierto por las flechas de los bárbaros, y la tierra está cubierta por los escombros del Imperio, formando como una negra noche, en la cual sólo se vislumbran los destellos de la Cruz; así pasan las centurias sexta y séptima, en que los bárbaros doblan la rodilla y abren el corazón ante las enseñanzas evangélicas; así el siglo XVIII, en que para cortar las alas de aquellos cisnes blancos que desde sus desiertos del Me-

diocidia habían caído sobre Europa, para devorarla, surgió un gran guerrero, Carlos Martel, y un pueblo de cruzados: el pueblo español; así el siglo nono, en que comienzan a aletear, como el pájaro en su nido antes de tender el vuelo, famosísimas escuelas que fueron germen de las modernas Universidades; así las centurias décima y undécima, con sus monasterios, y sus castillos feudales y sus rientes Municipios, donde alorea la libertad de los pueblos; así el siglo XVII, en que la calada aguja de la catedral gótica comienza a rasgar las nubes y se vislumbra el centellear de las espadas de los caballeros medievales y se escucha el sonar de lira de esos ruseñores errantes del sentimiento y de la inspiración, que hacían sus nidos en el árbol de la poesía y que se llaman trovadores; así el siglo XVIII, en que la trepadora de la civilización, enredada en los brazos de la Cruz, abre sus flores más espléndidas de arte, de ciencia, de sentimiento, de poesía, que forman, como un nímbo de gloria a la Cruz de Cristo; siglo en que Europa se convierte en una Grecia rediviva; pero en una *Grecia en gracia de Dios*, en una Grecia que no mira al Olimpo, sino que está de rodillas ante el Calvario recibiendo sus inspiraciones del Evangelio; así pasa el siglo XIV, en que sin revoluciones ni barricadas, vino al mundo la democracia verdadera, representada por las Ordenes religiosas; así el siglo XV en que la Religión fué el alma de todos los grandes descubridores, desde el que encontró un Nuevo Mundo en las soledades del mar, hasta el que halló nuevos astros en las inmensidades del cielo; así pasa la Edad Moderna, que si en el siglo XVI oye la apostasia de un fraile incontinente, y en el XVII las carcajadas cónicas de los filósofos caricatura de la filosofía, y en el XVIII ve rodar por la escalera de un cadalso, con la cabeza de un rey, todos los prestigios del Poder, y en el XIX contempla como se plantea el problema social, y en nuestros días como se ha trabado esa conflagración monstruosa que consume el mundo, en la cual andan en bancarota la civilización, y en quiebra el progreso, y los hombres parecen olvidados de lo que hay en ellos de Ángel, para acordarse sólo de lo que en ellos hay de bestia; la misma Edad Moderna ha caminado detrás de la Cruz, porque no ha podido resolver ni un solo problema sin describir una curva reentrante y cerrada, que tiene la Cruz por principio y tiene por remate la Cruz.

Como acaeció en lo pasado, detrás de la Cruz desfilarán también los siglos en lo porvenir; y en el instante solemne en que Dios determine que cese la peregrinación de la Humanidad por este valle del destierro, y vayan a hacerse los funerales del planeta, la Cruz proyectará su sombra redentora sobre el sepulcro de la Humanidad; y cuando la Cruz vacile y vaya a escaparse de las manos temblorosas del último Pontífice moribundo la recogerán los ángeles y la conducirán, en triunfo a la altura para que la Cruz que ha reinado en el tiempo siga reinando en la eternidad; para que la Cruz, que ha sido bandera de combate en la tierra, continúe perpetuamente siendo bandera de gloria de la Iglesia triunfante en el cielo.

DIEGO TORTOSA

VINO RUSO

Es el gran enemigo de todas las afecciones pulmonares: asma, bronquitis, dolores de pecho y garganta, influenza etc. etc. Antes de gastar su tiempo y su dinero inútilmente en otras medicinas, pruébese «EL VINO RUSO».

Preparado únicamente por la Farmacia de Dengo Hnos. y Cia.

Heredia, C. R.

Getsemani

Mientras los tres discípulos amados, Vencidos por el sueño, Sobre el mullido césped dormitaban, El Divino Maestro, de rodillas, En la apartada gruta, Juntas las manos, y los ojos bellos Bañados por el llanto, agonizaba. La angustiosa agonía De su sagrada humanidad convierte Aquel hermoso rostro en espantable Conjunto de facciones demacradas, Por el dolor intenso que sufriera El Hombre Dios en la terrible noche.

Junto con el sudor de la congoja Brotaba sangre de su santo cuerpo, Haciendo unir a las marchitas nieves Los bucles de su rubia cabellera. Por qué sufrió Jesús? Quizá sentía De antemano el horror de su martirio? Por su angustiada madre, hecho pedazos El amoroso corazón, lloraba? O fué la abominable, Vil traición del apóstol? Nada pudo Causar tanto dolor en aquel pecho Para sufrir cual nadie fabricado. Mas fueron la maldad, el egoísmo, Por la falta de amor entre los hombres, La previsión de las futuras guerras, Con sus mares de sangre, los que hicieron Desmayar a Jesús y gembuendo A su Padre pedir que le apartase De su dolor el implacable cáliz. Qué sería indescriptible de miserias Y de siniestros crímenes pasaron Ante la vista de Jesús turbada? El sol, por ser Dios, sufrirlo pudo. Vieron sus dulces ojos con tristeza: La hoguera en que los mártires expiran Y las feroces bestias en los circos, Tintas las fauces con la sangre pura De niños y de vírgenes cristianos; Las cruelesimas guerras, los ultrajes Hechos a El en la Hostia consagrada, El cisma y la heregía; Y soportó su corazón piadoso El trágico pavor de esas visiones. Mas ¡a hecatombe actual, la que nos tiene Mudos de horror ante el mundial desastre, Hizo temblar como la débil hoja Por el viento azotada Al Creador de la luz, al que preside Con efluvios de amor, cielos y tierra.

J. M. Alfaro Cooper

San José, 28 de marzo de 1917

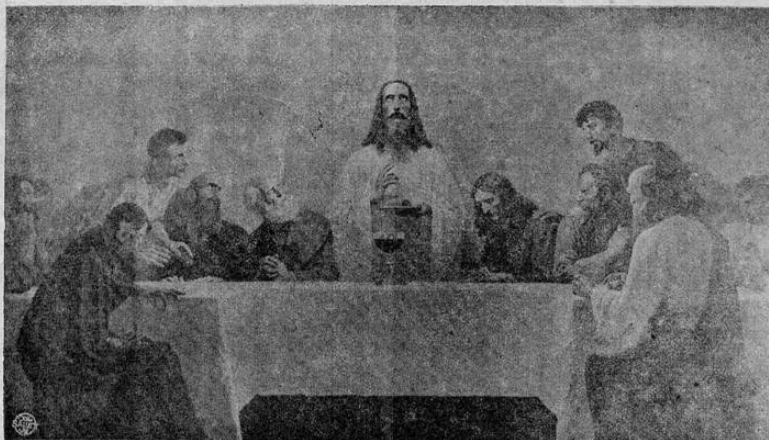
Un Mandato Nuevo de Jesús, el Amor

«Que todos sean una cosa.»
(S. Juan, cap. XVII, v. 21.)

Ni en la doctrina de Cicerón, consignada en su libro *De Officiis*, ni en los fragmentos de moral humana que se encuentran en las obras de los filósofos y sabios paganos, es posible encontrar siquiera una lección que enseñe a los hombres a amarse como hermanos. Estaba ésta reservada únicamente al Divino Redentor. Cristo Jesús, de cuyos labios salieron tantas veces las palabras de paz, perdón, amor. . . . Toda la moral cristiana se reduce a amar a Dios sobre todo lo demás y al hombre con Jesús: «verdad» y «caridad» es todo el Evangelio.

I

Quando el año 14, reinando Tiberio, se presentó en público un joven desconocido que había pasado su vida en un oscuro taller, Je-



LA EUCARISTIA

¿Qué misterio de amor reside en tí
que, abandonado a tu divino afán,
del cielo en forma de sagrado pan
bajas, Señor, hasta llegar a mí?

¿Cómo tan gran prodigio merecí?
¿dónde escritos los méritos están
en esta raza que nació de Adán
para encontrarse sustentada así?

Como la madre presta su calor
y alimenta con sangre de su ser
al fruto, imágen de su casto amor,
de la misma manera tu poder
hace que pueda el hombre pecador
de su propia flaqueza renacer.

SELGAS.

sús de Nazareth, el egoísmo era la gran llaga social, el pecado de la Humanidad. El hombre no amaba a sus semejantes ni a Dios; se amaba solo a sí mismo, y en sí mismo, a la sensualidad, a los bienes materiales y a la codicia. No obstante, no conocía la felicidad, no era dichoso, vivía en la barbarie. El Salvador, vincula la dicha a la renuncia de sí mismo en el Sermón de la Montaña, sustituyendo el egoísmo con el amor a Dios y el amor al prójimo. Establece una comunicación directa entre la criatura y su Criador, enseñándonos el lenguaje del amor en la tierna oración del Padrenuestro, plegaría sublime, por la que el hombre se eleva hasta Dios, y Dios se acerca hasta el hombre, concediéndole el derecho de llamarle Padre; pero Padre de la Humanidad entera: «nuestro».

El no pariente, el no amigo, el extranjero, aunque de raza diferente, es nuestro hermano. Ya no habrá en lo sucesivo hombres esclavos y libres; cayó para siempre la distinción de castas; han quedado los hombres nivelados ante Dios, con la igualdad más perfecta. Ya no hay hombres, sino almas, cuya patria y futuros destinos son los mismos para todos los que están unidos por la misma verdad y por el mismo amor.

II

«Amaos unos a otros; orad por los que os persiguen y os calumnian, para que seáis hijos de Aquel que hace salir el sol por los buenos y por los malos, y derrama la lluvia para los justos y los pecadores.» «Si no perdonáis, tampoco vuestro Padre perdonará vuestros pecados.» «No juzguéis y no seréis juzgados.» «Con la medida que midiereis, seáis medidos.» «Si al ofrecer el don en el altar te acuerdas de alguna ofensa con el prójimo, deja la ofrenda, marcha a reconciliarte con tu hermano, y luego recibiré con agrado tu presente. . . .»

Mas no se contenta con un amor teórico, especulativo; requiere un amor práctico, positivo, acompañado de obras:

«Dad con abundancia—dice—, y seréis retribuidos superabundantemente.» «Un solo vaso de agua dado a un pobre en mi nombre, obtendrá un trono en el cielo.»

¡Moral sublime, doctrina encantadora, que sólo un Dios pudo enseñar al hombre! . . .

JOSÉ MARIA MUGICA —
Párroco.

Rey de burlas

«(Pilatos) entonces les soltó a Barrabás y a Jesús flagelado, se los entregó para que lo crucificaran. Entonces los soldados del Presidente llevando a Jesús al pretorio congregaron en torno de El toda la corte, y desandándole le echaron encima un manto de púrpura, y forjando una corona de espinas la pusieron sobre su cabeza y una caña en su diestra. Y doblando ante El la rodilla lo escarnecían diciendo: Salve Rey de los judíos, y escupiéndole cojían la caña y golpeaban su cabeza.»

Todo el Evangelio, bajo la sencillez de su ingénua narración, es misterioso. El detalle en apariencia más insignificante encierra una lección o una profecía del reinado de Cristo sobre la tierra.

Muchas veces nos hemos detenido contemplando la dolorosa escena de la coronación de espinas.

¿Cómo es posible que el Verbo de Dios

hecho Hombre, que acaba de proclamarse Rey ante Pilatos sópote que de su reinado se haga una tan grosera burla?

¡Un viejo manto de púrpura: una corona de espinas: una caña como cetro; y para colmo de afrenta, ridículas genuflexiones de la cañalla soldadesca!...

Pero ¿no es eso, oh Jesús lo que hacemos contigo todos los días aun los que de cristianos nos preciamos?

Doblamos ante Ti la rodilla: te quemamos incienso: hasta nos sentamos de vez en cuando y como a la fuerza a su regio festín: pero cuando se trata de cumplir tus leyes, entonces resultas para nosotros un verdadero Rey de Burlas.

Nos mandaste amarnos los unos a los otros, y vivimos en perpetua guerra; y ahora mismo el mundo es teatro de la mas espantosa carnicería humana que han presenciado los siglos:

Y los que tuvieron colgada de un clavo la Constitución Divina que Tú nos diste, preguntan ahora blasfemamente ¿para que sirve esto?

Pero no se acuerdan de que antes de esta guerra de cañones el mundo se había vivido haciéndote guerra a Ti.

Te echaron de las escuelas, y hasta los que se llaman buenos dijeron: *¡euge euge!* Te echaron del hogar, y el plácat del Alcalde se creyó buen sustituto de la bendición prodigiosa de Caná.

Nos enseñaste a despreciar las riquezas, y tus hijos han venido arañándose y matándose por pedazos de tierra o por discos de metal!

Es más: muchos de ellos han vendido su primogenitura de hombres libres y dignos por el plato de lentejas de un destino o de una granjería.

Nos mandaste ser humildes y el sueño de todos los hombres es dominar sobre los demás.

Nos prescribiste la mansedumbre y la castidad y hemos criado códigos del honor para consagrar el duelo; y en cambio nos mofamos del padre o del esposo burlados por un seductor!

Pero veamos otro aspecto de este misterioso paso.

Preséntanos a cada momento el Evangelio los más pasmosos contrastes: El Rey de los cielos nace en un establo; y allí llegan y le adoran reyes venidos de luengas tierras:— la virginidad es fecunda; las cosas altas son reveladas a los humildes e ignorantes y quedan ocultas para los sabios; los pecadores, los publicanos, los obreros, son perdonados, escogidos, puestos en alto; mientras se execra y prosterga a los honrados y grandes según el mundo.

Es porque Cristo vino y dijo: *Ego nova facto omnia* yo haré nuevas todas las cosas; y así, a la ley de la materia, que es el triunfo de la fuerza y de la carne y de la riqueza, opuso la ley del espíritu en la que no hay amos ni señores, ni nobles ni plebeyos, ni grandes ni pequeños; en que todos podemos vivir en una dulce fraternidad y viviríamos de seguro en ella si hubiésemos escuchado a Cristo.

Y como una señal de esa total renovación, parece que a su contacto las cosas viles se ennoblecen y los signos de gloria mundanal se eclipsan.

Así, se deja azotar como esclavo Aquel cuya doctrina andando los siglos había de abolir la esclavitud:—se deja vender quien ha de hacer imposible el que el hombre siga siendo mercadería:—de la cruz signo de ignominia y de muerte hace señal de gloria y redención: derrota para siempre a sus enemigos pidiendo perdón para ellos: su muerte voluntaria es nuestra vida; y su sepulcro ha sido y será glorioso.

Y del mismo modo esa corona de espinas, ese andrajo de púrpura, ese cetro de caña, son la condenación más elocuente de todas nuestras soberbias, de todos nuestros sueños de dominación, de todas nuestras vanidades. Si hubiésemos escuchado esta lección, la guerra habría desaparecido hace mucho tiempo de la faz del mundo. Pero mientras tanto ese sillón desvenecado hará tambalear los tronos: esa caña romperá en pedazos el cetro de todo aquel que intenta reproducir la dominación de los césares romanos, por ese manto de desecho llegará un tiempo en que los hombres no apetezcan dignidades prestadas y que los amos de ayer se transformen en servidores. Cristo triunfa sentado sobre ese trono de irrisión: mañana un héroe como Godofredo lleno de gentileza rehusará llevar corona de oro donde el Rey de los Cielos la llevó de espinas; y otro héroe tan valiente como santo construirá para guardar esa corona de tormento una verdadera filigrana de piedra; y andando los tiempos si todos nos resolvemos a levantar a Jesús dentro de nuestro corazón un trono pero no de burlas sino de verdad, hijos de Godofredo y de San Luis, por el espíritu ya que no por la sangre serán nuestros jefes al mismo tiempo que nuestros servidores y harán reinar en la tierra la justicia y la libertad.

C. I. M.

Suscríbase a EL LABARO

ECCE HOMO!

No te contemplan, ¡oh Señor! mis ojos pendiente de la Cruz, cadáver, yerto cuando con roncas voces de pavora el *Consummatum est* cantan los cielos, cuando ya con la vida y con el alma no puedo remediar el mal que han hecho, ni al proclamar tu nombre, con mi sangre, las arenas bañar del coliseo.

Es tiempo aún; con el dolor, la vida en tus entrañas palpar contemplo, y entre las sombras de tus tristes ojos brilla la chispa del divino ítego. Deja te arranque la irrisoria caña y ponga en su lugar del mundo el cetro; y al reemplazar esa manchiada púrpura; te vista el manto de tus glorias, regio. Las inmundas salivas que te cubren, permíteme limpiar con mis cabellos y quitar a tu frente las espinas, restañando la sangae con mis besos.

¿Quién, puro luminar de la mañana, ofuscó el brillo de tus rayos bellos? ¿Quién se atrevió a poner la mano ípnea en tus benditos y sagrados miembros? A Ti, Supremo Juez, Rey Soberano, ¡ay! ¿quién te sentenció cual valzar reo?

¿Quién? ¡Lo pregunto yo, Dios Soberano! ¡Mi soberbia y maldad tus jueces fueron, y mi debilidad, baja e hipócrita, lavó sus manos y firmó el proceso.

El confesor, tropel de mis pasiones, es, ¡oh, qué horror!, el populacho ebrio: contéplote a tus pies cómo se agita, el crucifijo con furor rugiendo.

¡Oh, no; por Dios, callad, menguadas turbas! *Ecce homo!*, mirad cual te habéis puesto. Pero llevarle al afrentoso Gólgota, enarbolarlo en el fatal madero, darle la hiel, con bafa y con escarnio, y renovar el sacrificio cruento, no lo conseguiréis mientras palpite mi pobre corazón dentro del pecho.

¡Oh, Dios! ¿Cual crecen en poder y número! ¿Qué horribles son sus gritos, sus denuestos! Su negra saña e insensata furia, como la marejada, va subiendo. Como la llegan hasta aquí... ya han roto el dique...

Los alaridos se oyen ya frenéticos, que preceden al triunfo... Los sayones, con brutal ademán, torpes y fieros, han hecho presa en la Sagrada Víctima... Ángel divino, que los dulces sueños de mi inocencia y mi candor velaste; Tú que en mis cruentas horas de tormento, me confortabas con el Santo Caliz, y me dormías con tu casto beso, ¡haz que no se consuma el deicidio!

Y estremeció los ámbitos del viento espíritu de luz, que con sus alas, de ruido metal, cubrió al Cordero, y con la voz que rinde y avasalla, dijo, la espada al fulminar de fuego: —¡Atrás, viles sayones, locas turbas, no le podéis tocar; yo le defiendo!

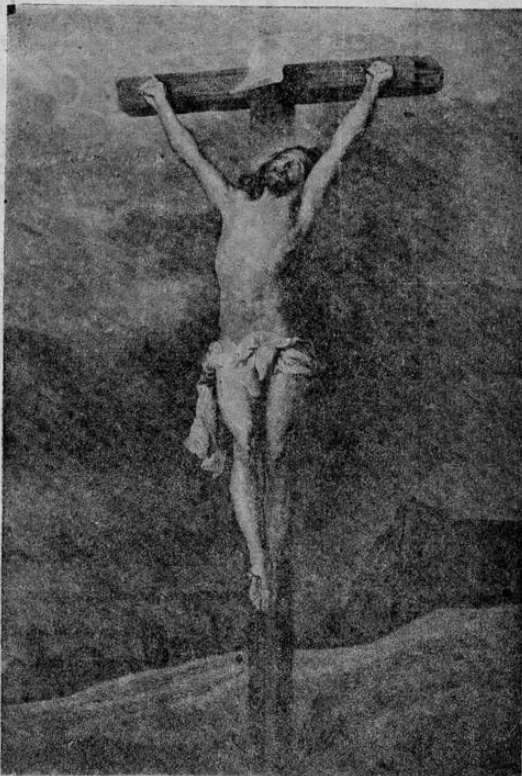
A. I.

LA HORA SANTA

Para los días de la próxima Semana Mayor, en la que se conmemorará la sagrada Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, saldrá de la casa tipográfica de TREJOS Hnos. el hermoso ejercicio de piedad cristiana, que se conoce con el sugestivo nombre de HORA SANTA, que comprende el más bello manajo de oraciones y meditaciones, inspiradas todas en el más puro y elevado espíritu de fe cristiana, a la par de constituir una fragante guirnalda de flores místicas de la más refinada literatura católica, cuidadosamente seleccionadas por un devoto de Adoración Nocturna del Jueves Santo y la vela de los primeros jueves del mes.

Efectivamente reconocemos este bello opúsculo que ya conocemos, a todas las personas piadosas, y en especial a aquellas que practican tan significativo acto de reparación. Como la edición es corta, se nos encarga decir a los que deseen uno o más ejemplares se sirvan solicitar así a la LIBRERÍA de TREJOS Hnos., que atienden gustosos tales solicitudes.

Via-Crucis



EN EL GOLGOTÁ

¡ELOI, ELOI, LAMMA SACHBACHTHANI!.

Jerusalén injuria al sabio, al santo, a Cristo bondadoso, entre el estruendo de perversa furia, llamándole *falsario* y *sedicioso*, y, con crueldad de biena, con audaces tormentos le condena.

¿Qué mano despiadada ciñe a su frente zarza pungitiva? Su tierna Madre llora desolada, viendo la turba cruel y vengativa, mientras el Hijo amado soporta mil afrentas resignado. Y hacia la árida cumbre del Gólgota dirígese propicio; le espera allí sedienta muchedumbre allí le espera, cerca del suplicio, pues la ciudad, traidora, de sangre tiene sed devoradora.

Fuerte dolor se ceba en sus sienes, por eso palidece; pesada cruz sobre sus hombros lleva, y al martirio solícito se ofrece aguardando el momento de padecer terrible, atroz tormento.

¡MUERA, MUERA!, se grita por gente vil que de virtud no entiende; se nubla el sol, el vendaval se agita; alzarse en triunfo la maldad pretende,

y Cristo, atribulado, clama al Eterno: "¿Me has abandonado?"

¿Cómo no se consterna esa ruin multitud de hombres feroces, que a la Justicia inexorable, eterna, osa insultar con irritantes voces, y, en forma inenarrable, comete inicuo crimen execrable? ¡Ay! Ni dejan siquiera al Justo reposar en sus dolores; mi propia sangre en el instante diera si pudiese aplacar esos traidores: mas Jesús, amoroso, por ellos ruega al Todopoderoso.

¡Oh! Abierto su costado, tiene Jesús, el generoso y fuerte, y el último suspiro que ha exhalado, al entregarse en brazos de la muerte, es triste, cual tormenta en tenebrosa noche turbulenta.

Viertan mares de llanto el sol, la luna y la enlutada tierra; si testigos han sido con espanto del hecho infame que la mente aterra, que se estremezca el mundo de sentimiento y de dolor profundo.

R. DE CASTILLA MORENO

La devoción cuaresmal por excelencia es la consideración de la Pasión y Muerte de nuestro adorable Salvador, y uno de los modos más prácticos y usuales de ejercerla es el santo *Via Crucis*.

El *Via Crucis* tiene en el pueblo cristiano una popularidad sólo comparable a la del santísimo Rosario, y la Iglesia no le ha concedido menos que a éste el disfrute de sus gracias e indulgencias. Son, en efecto, innumerables las que pueden ganarse siguiendo piadosamente las Estaciones o cruces del *Via Crucis*, conforme podrá ver el lector en cualquiera de los librillos especialmente dedicados a este punto.

El origen del *Via Crucis* no puede ser más grave y autorizado. *Via Crucis* significa *El Camino de la Cruz*, porque empezó a practicarse y se practica aún en Jerusalén recorriendo piadosamente el camino que recorrió Nuestro Divino Salvador, desde su salida del Pretorio de Pilatos después de su sentencia, hasta el lugar de su crucifixión y sepultura, deteniéndose en catorce sitios de este trayecto, señalados por el recuerdo de otros Santos pasos o sucesos de la Pasión de nuestro Salvador. María Santísima y los primeros cristianos de Jerusalén se supone fueron los que iniciaron este género de contemplación de dichos sagrados misterios, en el propio sitio en que acontecieron, y más tarde los fervorosos Religiosos del Padre San Francisco de Asís, encargados de la custodia y administración de los Santos Lugares, normalizaron e hicieron más popular en todo el mundo cristiano esta hermosa costumbre.

Para ello se designa un sitio donde establecer el *Via Crucis*, o sea, un trayecto más o menos prolongado, en el cual se fijan catorce cruces que representan las catorce paradas o estaciones, en que hay que fijar la atención. Lo que en ellas se recuerda es lo siguiente por su orden:

- I. La sentencia de Pilatos.
- II. El cargarle a Jesús la cruz a cuestas:
- III. La primera caída de Jesús.
- IV. El encuentro de Jesús con su Madre Santísima.
- V. Como el Cirineo le ayudó a llevar la cruz.
- VI. El paso de la Santa Verónica.
- VII. La segunda caída.
- VIII. El encuentro con las mujeres de Jerusalén.
- IX. La tercera caída
- X. La llegada al Calvario.
- XI. La crucifixión.
- XII. La muerte.
- XIII. El descendimiento.
- IXV. La sepultura.

Estas catorce estaciones vienen a ser como los quince misterios del Rosario: se va pasando de una a otra considerando el paso o suceso que recuerdan, acompañando la consideración con una breve súplica o jaculatoria. De estación a estación puede cantarse algo alusivo, especialmente las devotísimas Letanías de la Pasión que empiezan *Jesu Rex militis*, etc., a las que responde el pueblo *Miserere nobis*. La forma puede ser privada o solemne, pero siempre debe ser pasando de un sitio a otro, o sea, andando y recorriendo materialmente (no solamente con la atención o con la vista) la distancia que media de una a otra estación, y haciendo breve parada en cada una.

La forma solemne admite algún aparato a manera de procesión con estandartes, luces, imágenes, cantos y hasta plática en cada una de las paradas, lo cual no puede menos de ser muy oportuno estímulo para la piedad.

El *Via Crucis* debe ser bendecido e instalado por quien tenga para ello las facultades correspondientes, que concede el reve-

rendísimo Padre General de la Orden de Menores, debiendo para cada instalación, en iglesias sujetas a la jurisdicción ordinaria, pedirse la venia del respectivo Prelado.

Son de necesidad las cruces, y éstas de madera, no pudiendo suplirse por cuadros o estampas o grupos escultóricos por revelante que sea su mérito, aunque pueden muy bien añadirse dichas representaciones plásticas para más excitar la piedad.

Los *Via Crucis* suelen instalarse en el interior de las iglesias y oratorios. Con permiso especial pueden, no obstante, colocarse en calles, plazas, caminos públicos, y singularmente en sitios destinados expresamente *ad hoc*, que se llaman *Calvarios*.

Calvario se llama en efecto un lugar, por lo común fuera de poblado, bien que inmediato a él, dispuesto de manera que imite más o menos el santo montecillo o colina de Jerusalén en que fué crucificado el Redentor del mundo. Dicho sitio se procura sea muy solitario y recogido, se adorna con cipreses, sauces u otra vegetación análoga, se traza en él una veredilla o senda lo suficiente ancha para ser recorrida en procesión, y larga que permita distribuir en ella las catorce estaciones, situándose en la cima la duodécima que recuerda la crucifixión, y que suele representarse por una cruz mayor, colocada entre dos meños altas que representan las dos ladrones. El sitio de cada estación puede decorarse con grupos o relieves y aun con capillitas que representen el correspondiente misterio, siempre como hemos dicho, dando lugar preferente a la cruz de palo, que es el símbolo esencial.

¡Cuán hermoso es las tardes del día festivo o de los viernes, en Cuaremas sobre todo ver dirigirse al *Calvario* del pueblo un grupo más o menos numeroso de fieles, y allí consagrar media hora a la consideración de los principales misterios de la Pasión del Señor, por medio de la práctica del *Via Crucis*! ¡Y qué si dicha devoción se practica por las calles y plazas del pueblo o ciudad, con todo el aparato antes indicado, que solían nuestros mayores y que tan hermosa influencia ejercía [en nuestras públicas y privadas costumbres, dirigiendo en cada estación la palabra al pueblo un fervoroso misionero! ¡Santas prácticas cuaremales de nuestros pasados, hoy en muchos puntos lamentablemente olvidadas y decaydas, y en casi todas tan fáciles de ser restablecidas por un celoso párroco o una animosa Asociación!

La benignidad de la Iglesia concede el uso del *Via Crucis* con todas las indulgencias ajenas, a los enfermos, viajeros y cautivos o presos, sin necesidad de moverse de su sitio, con sólo que tengan a la mano, al practicar las estaciones, un crucifijo especialmente bendecido para este objeto por quien tenga las correspondientes facultades, rezando en cada estación signiera *Un Padre Nuestro, Ave María y Gloria*—y al fin otros cinco a las Llagas del Salvador y uno por las intenciones de Su Santidad.

Grandioso descubrimiento

Después de ser los niños por tanto tiempo víctima de las terribles lombrices, pueden hoy cantar victoria pues existe ya el verdadero remedio, que fis «EL VÉRMI-FUGO INFANTIL». La eficacia de esta medicina es indiscutible. Basta probarlo para convencerse.

Preparado únicamente por la Farmacia Central Dengo Hnos. y Cía.

Heredia, C. R.

Misterios de la Redención

Sobre la enhiesta cumbre del Calvario, como Hostia Santa, ofrendada en holocausto al Eterno Padre por los pecados de la humanidad, se alza una Cruz en la que, crucificado y muerto, se halla Jesús, el Mesías verdadero, el prometido por los Profetas, el esperado de las gentes.

Al pie de la Santa Cruz, inmóvil, como roca donde se estrellan todas las furias del mar de los dolores, se encuentra María. Su frente no es blanca, cual la nieve de las cimas de las montañas, sino pálida, como las azucenas de Salem; sus ojos no son tranquilos, como las aguas del lago Tiberiades, sino inquietos y turbios, de derramar amargo llanto; su boca, que con sus besos aromó el rostro de su amado Hijo, es un manantial de suspiros; su andar no es gracioso ni apuesto, como el de las gacelas del Líbano, ni cual antes se yergue gentil, como las blancas tiendas de Israel, acampadas cabe las fuentes de Ellus; la perla de Judea, la encantadora Sulamita de la campaña de Engaddi, sufre la pena más amarga, el dolor más intenso, la aflicción más grande: llora la muerte de su Jesús, causada por el hombre a quien redime y de quien le ha constituido Madre. ¡Portento de amor!

¿Qué extraño es q' ante escena tan singular y ante el dolor de aquella Madre, por la muerte de aquel Hijo, al ver eclipsada esa estrella de nuestra esperanza, la Reina de los Cielos, quede como en suspenso la vida de la naturaleza y muestre su duelo por la muerte de su Divino Autor, de Aquel que al lanzar el último suspiro, al pronunciar aquellas sublimes palabras, *Consummatum est*, giraron sobre sus diamantinos ejes las puertas de la celestial Sión y quedaron rotas las cadenas que arrastraba la Humanidad esclava del pecado?

Con razón todo yace en un sepulcral silencio ante la muerte del Justo; no murmuran las auras, no trinan las aves, no suspiran los céfiros, no da rumores el arroyuelo, no abren sus cálices las flores; sólo se escucha el bramido del torrente Cedrón que resuena, bragando el crimen de aquella ciudad deicida, que aparece triste y solitaria, con sus caminos desiertos y de luto, en tierra todas las puertas de sus templos y resonando en su recinto ayés y gemidos de dolor. Si, aquellos templos cristianos se ven rodeados de sombras y misterios; sus altares están desnudos; el fuego apagado: mudo el órgano, y a la débil luz que presta el teñebriario, casi no se distinguen los sacerdotes del Hijo del Altísimo que entonan con voz dolorida los trenos y lamentaciones del aflijido Profeta.

No apartemos jamás nuestra mente de la escena del Gólgota; tengamos siempre presente a Jesús, en cuya doctrina hallan consuelo todas las penas, alivio todos los dolores, remedio todos los males; fijémosnos en la Cruz, grabemos con el buril de la gratitud, en medio de nuestra alma, ese altar sobre el que ha ofrecido el divino sacrificio el Pontífice de la nueva Alianza, y acompañemos en su soledad a María, la Corredentora de la Humanidad, la Madre de Dios y la Madre nuestra.

ANTONIO MOLINA

Jorge y Rafael Herrera, Abogados y Notarios. — 50 varas al Oeste del Parque Central, San José.

Spes única

¡Señor dame tu cruz! Quiero con ella subir, como subiste, solitario, a la afrentosa muerte del Calvario, sobre tu misma huella...

¡Señor! Hace ya tiempo que mi vida, como flor de la rama desprendida, errante, se marchita al sol y al hielo; y al soplo de la muerte se deshoja, dejando su hermosura, hoja por hoja entre el polvo del suelo.

¡Oh, si en tu cruz mi vida moribunda se encavase, mi Dios!... Con su fecunda savia, tu misma sangre, reviviera; y abierta, como un nido, a tus amores, luciría fragancias y colores de eterna primavera!

¡Dame tu cruz, Señor! Con ella quiero subir como subiste, solitario, a la afrentosa muerte del Calvario, donde la vida espero!

J. M. Basaras

La Redención

En el semblante de Jesús Divino, huellas terribles la agonía marca. Se han marchitado las purpúreas rosas que a sus mejillas hermosura daban; contrae su boca padecer intenso, se anuba por momentos su mirada, su respirar es lento y fatigoso, con sollosos su pecho se levanta y agitate su cuerpo con espasmos, precursores seguros de que el alma, abandonando la materia frágil, va a alzar su vuelo a celestial morada. ¡Todo se consumó! Y un nuevo rayo de luz de fuego sus fulgores lanza, y la sombra letal del paganismo huye veloz, maltrecha y derrotada; y las flores de todas las virtudes al botar en el fondo de las almas, perfuman los humanos corazones con efuvios de amor y de esperanzas. ¡Todo se consumó! Que al morir Cristo, quedó la culpa original borrada, la compasión y la justicia unidas, la virtud erigida en soberana, proclamado el perdón de las ofensas, las viles injusticias condenadas, ennoblecido el duro sufrimiento y ensalzado el poder de la plegaria. ¡Todo se consumó! Y al mundo llegan de amor cristiano las benditas auras, y son premiados los afectos nobles, embellecidas las lucentes lágrimas, endulzadas las penas amarguissimas, los más hondos tristezas mitigadas, triunfante sobre el mundo la inocencia y sublimada la humildad que calla. Y queda como dulce Madre nuestra, la Virgen, Madre cariñosa y santa. Derrocado el poder de las tinieblas, iluminadas por la fe de las almas, enlazada la tierra con los cielos, y abierta para el justo la morada donde brilla la luz de lo infinito, de Dios eterno inextinguible llama. Por esto cuando ya todo parece que para el Dulce Salvador acaba, y que se quiebra el hilo de su vida entre dolores y mortales ansias, cual jubilo canto de victoria, profiere con amor estas palabras: «¡Todo se ha consumado! Dando cima de nuestra Redención, a la obra santa.

ANTONIO PASCUAL
PENSAMIENTO

VANS VANS VANS VANS VANS VANS VANS



VANS VANS VANS VANS VANS VANS VANS

SOLEDAD DE MARIA

Un silencio sepulcral como el de las tumbas reinaba en las escarpadas rocas del Calvario. Ni un leve susurro del viento llegaba a refrescar la caldeada atmósfera de aquella tarde brumosa y triste. Sólo a intervalos se escuchaban sollozos entrecortados y hondos suspiros de aquella madre muda de dolor y espanto...

Las sombras de la noche avanzaban lentamente y era preciso dar sepultura al cadáver del Divino ajusticiado. Ya las piadosas Marías y los santos varones habían lavado y ungido el ensangrentado cuerpo del Salvador. Era preciso separar a la madre del hijo, para llevarlo al sepulcro nuevo que había preparado José de Arimatea; pero ninguno de los presentes se atrevía a dar ese paso por respeto al dolor de la madre, hasta que Juan la dijo con dulzura: Vamos, madre dolorida, el tiempo apremia y es necesario que te separes de tu hijo querido. Y allí empezó la soledad más espantosa para la más desamparada de las mujeres. María, haciendo un supremo esfuerzo, se paró y siguió, apoyada en Juan, la procesión más triste que han contemplado los siglos. Llegaron a la roca y María, con sus propias manos, colocó dentro del sepulcro el cuerpo de Jesús, y abrazándolo estrechamente, entre sollozos y lágrimas, le dió el último adiós...

La noche extendió su manto de sombras

sobre la tierra y la rojiza luna de Marzo iluminó aquel cuadro patético que no ha podido pintar aún el pincel más diestro del artista con los coloridos de la realidad.

Madres que habeis perdido a vuestros hijos, y no como María sin poder aliviarle el más leve de sus dolores, decid si hay dolor semejante en la tierra y llorad con María la más irremediable de sus pérdidas.

La desconsolada madre y su pequeño séquito se separaron de aquel trágico sitio y siguieron por la calle de la amargura, deteniéndose a contemplar los lugares que en la mañana de aquel día nefasto fueron regados con la sangre del Mártir de Galilea. Llegaron al Cenáculo y María pasó la noche más terrible que jamás pasara el más desgraciado de los mortales. De rato en rato, volviéndose al discípulo, amado le decía: Juan ¿en dónde está tu Maestro? y luego a la Magdalena: en dónde está tu amado? Más ellos le contestaban con el silencio más elocuente...

¡Oh vosotros, los que pasais por el camino venid y ved si hay dolor semejante a mi dolor! Pero no: la soledad de María no ha tenido ni tendrá parangón sobre la tierra.

MADRE DESAMPARADA! ROGAD POR LA HUMANIDAD DESAMPARADA!...

GRAZILIANO CHAVERRI M.

Abril de 1917

La cima del Gólgota

Pongamos hoy los ojos sobre el Calvario, y meditemos un momento acerca del drama de la Pasión.

Sobre la cima del Gólgota se eleva una Cruz, y en esa Cruz está clavado un hombre, cuyo crimen no ha sido otro que condenar el error y proclamar la verdad, anatematizar el vicio y ensalzar la virtud, levantar a los humildes y abatir a los soberbios. Este hombre es Jesucristo, el Hijo de Dios.

Al pié de la Cruz hay una mujer, de pie, firme como una roca, majestuosa como Reina del dolor, piadosísima, como madre de la augusta víctima que sufre y agoniza en el patíbulo de los esclavos. Esta mujer es María. La Pasión del Hijo y el dolor de la Madre son el monumento más grande, la prueba más elocuente y el ejemplo más edificante de la piedad para con Dios y para con los hombres.

Ahora bien; si se nos preguntara para qué sirve la piedad, esa piedad de que tan admirable ejemplo Jesús y María nos dan hoy a todos, si cien veces se nos hiciera esta pregunta, otras tantas responderíamos: Vale para todo. *Pietas ad omnia utilis.*

Vale para dar nobleza, dignidad, consuelo y reposo al corazón humano; para santificar el hogar doméstico; para fortificar los lazos que deben unir a los miembros de la familia humana, y enriquecerla de aquella paz, concordia y dulzura de afectos que sólo puede dar la gracia de Dios.

Vale para hacer de los gobernantes verdaderos padres, y de los gobernados súbditos leales, sumisos y respetuosos; para dar a la sociedad unidad de pensamientos, de miras y aspiraciones, esplendor a los poderes sociales, vigor a las leyes, impulso a las empresas, base y dirección a todos los progresos legítimos; vale para ahogar todos los vicios y enaltecer todas las virtudes; para evitar sacudimientos, destruir planes infucos y vencer a los enemigos de Dios y de la Patria.

Vale, finalmente, para llevar a la paz a los pueblos y a las naciones que hoy se han perdido.

Después de vertida su preciosa sangre desde lo alto de la Cruz sobre el género humano, Jesucristo, pacificador universal, se presenta a sus discípulos con la oliva de la nueva paz, y de paz son sus palabras y sus saludos, y manda a sus discípulos que lleven a todas partes el rico don de la paz.

La paz es el fruto de la Cruz, su bien divino, gloria del Catolicismo, dicha del hombre y necesidad apremiante de los pueblos y de las naciones.

El reinado de la paz lleva consigo, como lucido cortejo, todos los bienes, pues, a decirlo con San Agustín, ella es la que mata las guerras, destruye

las rivalidades, aplaca las iras, humilla a los soberbios, ensalza a los humildes, reconcilia a los discordes y desarma a los enemigos, pues de nadie es enemiga y de todos es luz apacible, consuelo inefable y dicha verdadera.

Jesucristo trajo la paz del hombre con Dios, la paz del hombre con el prójimo y la paz del hombre consigo mismo.

La paz del hombre con Dios es el fundamento de la paz del hombre con el prójimo.

Siendo la paz hija de la caridad, cómo ha de reinar la paz entre los hombres, entre los pueblos y las naciones que no cultivan la hermosa flor de la caridad fraterna? ¿Y cómo han de amar al prójimo los que no aman a Dios?

Por eso el amor de Dios y del prójimo están comprendidos en un mismo precepto, de tal manera, que no podemos gloriarnos de amar a Dios si no amamos al prójimo, ni de amar al prójimo si no tenemos amor de Dios.

La paz con nuestros hermanos es una ley cristiana y uno de los mayores bienes que podamos disfrutar en este bajo suelo. El apóstol de las gentes lleva en sus manos la bandera de la paz, y la promulga como ley indeclinable, diciendo: *Pacem sequimini cum omnibus* Somos hermanos por la naturaleza y por la gracia, de modo que estamos obligados a la paz fraternal como hombres y como cristianos.

La Religión católica tiene de suyo maravillosa eficacia para unir las inteligencias y los corazones. *Religio a religando dicitur.* Es la verdad y el amor, pero la Verdad eterna, y el amor divino con que Jesucristo, *Príncipe de la Paz*, desde la cima del Gólgota, clavado en la Cruz, reunió y desea reunir en su amoroso corazón a los hombres que andan dispersos, separados y divididos por las pasiones, de suyo rebeldes y anárquicas.

No al pié de los cañones, sino al pié de la Cruz de Jesucristo, *verdadero Pacificador* de las inteligencias y de los corazones, es donde han de buscar hoy la paz que han perdido los pueblos y las naciones.

Y nadie puede dar otro fundamento a la paz de las sociedades sin que el mundo se conmueva, sin que el edificio social se desplome, sepultando entre sus escombros a los temerarios constructores, que desecharon la piedra angular, que es Jesucristo.

Debemos gloriarnos de la Cruz dice el Apóstol. Deben gloriarse las naciones en la Cruz de Jesucristo, porque de ella pende todo nuestro bien, nuestra salud, nuestra vida, nuestra resurrección y la verdadera paz de los pueblos y de las naciones.

M. G. L. O. P.

Matías Trejos, Abogado y Notario, Despacha donde don Alberto Echandi, frente a la antigua Casa Presidencial.

Las lágrimas de María

La Inmaculada Nazarena se ha estremecido con delicioso espasmo... ¡Es Madre y Virgen!... Entre sus brazos, con alternativas de miradas de besos, está Jesús, el Deseado de las naciones, el Dios del cielo... Sobre la propia falda, su mejor cuna, le contempla. Allí le ven y le adoran los pastores bellemitas y los Magos orientales... y el obrero José; José, sobre todo, que es reputado su padre... Pero nadie le mira como María, con mirada de madre, mirada acariciadora, penetrante, encandilada... que se congestiona en unos puntos brillantes y se pronuncia en definitivas gotas luminosas... Son dos perlas, que desengarza un movimiento de la Madre, al besar por primera vez el rosado pechito de Jesús, sobre el cual caen y se cuajan, como un prendido de amor y de pureza, sobre el Corazón divino.

Desde entonces llora siempre María... El anciano Simeón ha dicho del Niño cosas terribles... cosas que han hecho llorar a la Madre. El viaje a Egipto por el largo camino del desierto y más tarde, Jesús perdido en Jerusalén... qué pena, qué espadas tan agudas para el ternísimo corazón de la Virgen!

¡Siempre las lágrimas sobre su rostro de plácida hermosura! Son su adorno... como las cristalinatas gotas de rocío sobre el puro y apacible cáliz de las flores!

Sobre Nazaret habían pasado muchos días... que habían traído muchas penas... El angelical esposo, el providencial padre, el obrero José había cerrado los ojos, entre los tristes cuidados de Jesús y de María... La tristeza se había ido condensando en el ambiente y parecía que se marcaban amargos presentimientos... Una tarde Jesús dijo a su Madre: «Madre mía, me voy a redimir al mundo... Ya sabes que yo he venido a hacer la voluntad de mi Padre celestial...» La Virgen nada dijo... se inclinó, como una flor besada por el viento, y miró a Jesús hondamente, atentamente, como quien explora lejanías, como quien sondea abismos... Y mirando, mirando, se le llenaron los ojos de lágrimas. Jesús, en ademán de despedida, la besó en los ojos; y las lágrimas de la Madre fueron a los labios del Hijo, que las sorbió. Eran amargas, muy amargas... como el cáliz de Getsemani.

¡Qué lejos están Belén y Nazaret, en la llanura del pasado!... ¡Cómo han volcado sus aguas los mares para anegar los montes!... ¡Qué está pasando en el cerro del Calvario!... ¡Cuánto odio, cuánta fereza se han arremolinado en vórtice sanguinario sobre la manesombra de un Cordero!... Andrajos de humanidad colgaron en las escarpinas de un cadalso, y mordeduras de clavos y de lanzas atarazaron los blandos tejidos del Hijo del hombre... La humanidad, entre imbécil y conternada, pasa y se retira diciendo: *¡Ecco Homo!*... Y entre tanto, la Reina de los Mártires, la Virgen de los Dolores, la Madre desolada estaba junto a la cruz. De sus labios salían suspiros, como bandazos del simon, que venía de los desiertos de su alma. Sus ojos estaban anegados por dos grandes lágrimas: eran las últimas de su corazón, que no tenía más que lava... Como no había otras que las empujaran allá se quedaron en las órbitas... y puestas sobre las pupilas de la Madre parecían dos poderosas lentes para mirar las llagas de Jesús, los abismos de las llagas!

¿Quién contará las lágrimas de la Madre Mártir?... Y como las lágrimas son sangre del alma, jugo de la vida, savia del espíritu, filtraciones del sentimiento, despojos del

LA VERONICA

(Respetuosamente al Fbo. don Ramón Junoy S.)

Detén tu paso, NAZARENO HERMOSO,
El más hermoso de la hebraica tierra,
¿Porqué permites que el sayón odioso
Tu faz escupa que la gloria encierra?

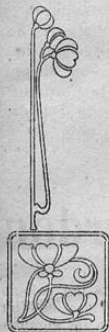
Detente un poco, Majestad Divina,
el rostro vuelve hacia tu humilde esclava;
mojarlo quiero en la agua cristalina
Del llanto mío que las culpas lava.

¿Vas a morir por el ingrato mundo
Que no conoce tu bondad y amor...?
Deja un recuerdo a mi dolor profundo:
Piedad, piedad de mí ¡Oh buen Señor!

Dijo, limpiando de Jesús la cara,
La de Verona que la historia evoca:
Y mereció que de Jesús quedara
Impreso el rostro en su sagrada toca.

Graciliano CHAVERRI M.

Abril de 1917



amor, trasdaciones de la ternura, sudor del sacrificio, diamantes del corazón y perlas de los ojos, el ángel de mis sueños me ha revelado que el Señor dió comisión a un arcángel para recoger en cristalina copa todas las lágrimas de la Santísima Virgen... y desde la Redención, cuando un héroe lucha, cuando un mártir es atormentado, cuando una madre sufre, el arcángel de las lágrimas de María se acerca...apoya el borde de la copa en los labios del paciente... le da a probar una gota de aquel llanto...y el valor, el sacrificio, la fortaleza, el heroísmo, la grandeza, el triunfo se han aclimatado en la tierra!...La sangre y el agua son el elemento fecundante de la humanidad: ¡la Sangre de Cristo y las lágrimas de la Virgen!

CALASANZ RÁBAZA.

Sección de Variedades

La Semana Santa en varias ciudades

En Jerusalén

El Miércoles Santo, procesión en la Basílica del Santo Sepulcro y exposición solemne del trozo de Columna de la Flagelación que se conserva en la Capilla de los PP. Franciscanos. Acuden a adorar las personas de todos los ritos y creencias.

Peregrinación a la gruta de Getsemani.

Jueves Santo—Este día no pueden celebrar otros ritos en la iglesia del Santo Sepulcro. Las funciones se celebran, pues, a puerta cerrada oficiando de pontifical el Patriarca. La procesión ritual con el Santísimo Sacramento gira

tres veces al rededor del Sepulcro y en torno de la Piedra de la Unción. Egeiárase Su Divina Magestad en el Santo Sepulcro en un tabernáculo de plata.

Por la tarde una devota peregrinación se dirige el Cenáculo y al huerto de Getsemani que por la noche es muy visitado por los católicos, quienes, distribuidos en grandes grupos en el interior y en los afueras del huerto, cantan hermosos himnos de mágico efecto en aquellas horas de la noche por el recuerdo que el lugar encierra, en el que fué preso el Salvador por la turba capitaneada por Judas. ¡Qué hermoso y tierno orar en el mismo sitio y a la misma hora! en que oró Cristo!

Viernes Santo—El patriarca celebra los divinos oficios en el Calvario. En el canto de la Pasión, al llegar el Diácono a las palabras *consummatum est*, se dirige al hueco donde estuvo colocada la Cruz sobre la cual murió Cristo, y con voz apagada pronuncia estas palabras: *Et Hic inclinatio capite tradidit spiritum*. Sigue la adoración del *Lignum Crucis* allí mismo donde estuviera un día con el Salvador muerto en ella: es trasladado el Santísimo en procesión desde el Sepulcro al Calvario, dando fin a los oficios matutinos según las rúbricas. Por la tarde *Via Crucis* solemne por los lugares mismos que recorrió el Salvador con la Cruz a cuestas. Por la noche procesión a los santuarios, con sermón en distintos idiomas, en cada uno de ellos. La primera parada es el altar de la columna. Sigue luego: Capilla de la División de los vestidos; de los Improperios; Calvario; altar de la Crucifixión,

donde después del discurso se verifica la ceremonia llamada del Descenlavo, que consiste en bajar a Cristo de la Cruz, operación que practican dos sacerdotes en representación de José y Nicodemus. A esta ceremonia suele asistir el Bajá de Jerusalén.

Envuelto Cristo en la sábana, y conducido por cuatro religiosos, baja la procesión desde el Calvario a la Piedra de la Unción, donde es depositado el Cuerpo de Jesús. El Padre Custodio, que vestido de pontifical preside la procesión, le unge entonces con aromas y esencias en el mismo sitio donde lo practicaron los discípulos del Señor. Luego sigue la procesión hacia el Sepulcro en el que es depositado el Cuerpo del Señor en la misma tumba donde lo encerraron sus discípulos.

Domingo de Resurrección—Muchos católicos pasan en vela todo la noche del Sábado al Domingo. A media noche hay canto de Maitines; después de la Misa Pontifical hay procesión en torno del Sepulcro.

En la primera vuelta un Padre italiano canta el Evangelio de S. Lucas referente al encuentro de Jesús con los discípulos que iban a Emaús. En la segunda vuelta un Padre francés canta el Evangelio que refiere la aparición de Jesús anunciando la paz a sus discípulos. A la tercera vuelta llega la procesión hasta la Piedra de la Unción, en donde un Padre tedesco canta el Evangelio de S. Juan del pasaje de la Magdalena que lloraba junto al monumento de Cristo. Al llegar junto al Sepulcro un Padre español canta el Evangelio que habla de la ida de las santas mujeres al Sepulcro para ungir a Jesús.

Los ornamentos que se usan en todas las funciones de Semana Santa, todos ellos de valor insuperable, fueron regalados al Santísimo Sepulcro por los católicos Monarcas españoles. A la piedad de Felipe II se debe el pontifical del Viernes Santo.

¡Qué consuelo para los españoles el contemplar en las grandes solemnidades del Santo Sepulcro el escudo de su nación sobre tan riquísimos ornamentos!

En Roma

La procesión de las palmas es brillantísima. En ella están representadas todas las jerarquías del mundo católico y todos los títulos de la Corte Pontificia. Escuderos, Procuradores generales, Capellanes secretos, Abogados consistoriales, Camarlangos, Abreviadores, Auditores de la Rota, Generales de todas las Ordenes religiosas, el Cuerpo Diplomático, lleno de brillantes y condecoraciones, los Cardenales Diáconos, Presbíteros y Obispos, con los ornamentos de su correspondiente Orden, blancos, bordados riquísimamente de oro, llevando en la mano una mitra blanca, lisa; los oficiales de la guardia suiza, vestidos a la antigua, con alabardas; el Senado romano, el Gobernador de Roma, y los

don primeros Maestros de ceremonias, delante de la Silla del Pontífice, llevando las hermosas vestiduras que la Iglesia recibió de los primitivos pueblos, y cuya forma recuerda la patria de Licurgo y Zoroastro, y la de los Magos de Zusa y Ebactane.

Llevado por dos escuderos vestidos de encarnado, que se llaman «bussollanti», sobre una especie de andas, donde está colocada la silla, y bajo un magnífico palio que sostienen ocho Obispos, el Padre Supremo de los fieles domina toda la procesión y enseña en su venerable cabeza, que inclina al peso de la tiara con su triple corona, y a la que aparentan dar sombra dos flámulas de pluma, figurando los ojos de una cola de pavo real, que llevan al lado de su silla, con una larga vara dorada, dos sacerdotes. Detrás marcha el decano de la Rota, los obispos existentes en Roma, el Tesorero, el Mayordomo mayor, los Protonotarios de honor, y cierran tan magnífica pompa los guardias de Corps y la Guardia noble, compuesta toda de brillante juventud y con el más elegante uniforme militar.

En San Juan de Letrán se expone a la veneración de los fieles la tosca tabla de la mesa donde se celebró por primera vez el más augusto de los banquetes, donde Jesús instituyó el Sacramento de la Eucarestia: en Santa Práxedes, el peregrino se postra ante la columna a que fué amarrado el Hijo de Dios para sufrir el suplicio atroz de los azotes: en San Pedro se muestra el lienzo con que la Verónica enjugara el rostro ensangrentado del Salvador, la lanza con que Longinos abrió el Costado de Jesús, y otras reliquias no menos importantes: en Santa Cruz en Jerusalén, se pisa tierra de la colina donde se consumó el drama sangriento de nuestra Redención y el Cardenal Vicario bendice al pueblo con el Madero sacrosanto que sirvió de patíbulo infame al Redentor del mundo. Por todas partes se respira el ambiente del Calvario perfumado con los efluvios de la Sangre del Justo; por doquiera se ven trofeos gloriosos de la gran batalla en que Jesús venció para siempre el poder del infierno.

Pero el temperamento artístico de los romanos se presenta en todo esplendor en la música de estos días. La música de las funciones de Semana Santa, sobre todo en San Pedro, es de una grandiosidad severa, solo comparable con la severa grandiosidad de las ceremonias adoptadas por la Iglesia en estas funciones. Sencilla y conmovedora, con la austeridad exterior de la tragedia clásica, pero con todas las riquezas del sentimiento de los poemas cristianos, traduce con fidelidad absoluta las inspiradas frases de los libros Santos y hace percibir toda la profundidad de las ideas, todos los motivos del pensamiento. Música que—según la frase de Víctor Hugo—es preciso escuchar de rodillas.

Otra de las circunstancias que concurren grandemente a la magnificencia

de estas funciones es, sin duda, la piedad, nunca desmentida, del pueblo romano, piedad un poco pagana si se quiere, no tan religiosa como la del pueblo español, pero tan grande que todas las iglesias se hallan concurridísimas a todas horas, y las iglesias se cuentan por centenares.

En Madrid

Desde que se termina la procesión del Monumento hasta la desnudación de los altares en el Viernes, sería punto menos que imposible el tránsito de los vehículos por vías céntricas de la Corte, atendido el apinamiento casi no interrumpible de gente que las obstruye.

En la capilla del Real Palacio revisten particular solemnidad las funciones de Semana Santa, especialmente el lavatorio y comida de pobres que se verifica el Jueves Santo y la adoración de la Cruz el Viernes, en que tiene lugar el solemne indulto.

Los invitados a presenciar tan hermoso acto son en número de unos cuatrocientos, que es el máximo de los que caben en el salón de columnas, donde suele tener lugar la ceremonia. Dicho se está que la concurrencia la forman los personajes más visibles de la aristocracia. Los ministros de la Corona asisten en su tribuna con uniforme de gala.

Uno de los pormenores de la Semana Santa en Madrid y que no deja de tener algún interés es la tradicional comitiva de pobres que recorre las calles públicas cantando letrillas sentimentales alusivas a la Pasión. El forastero recién llegado a Madrid pocas veces deja de detenerse al topar en la calle con tan filarmónica comitiva. Imagínese el lector un grupo ordenado de veinticinco o treinta mendigos, casi todos medio ciegos, y todos, sin excepción, muy diestros tañedores de violín o guitarra; imagínenselos cominando en dos filas, con paso lento y acompasado, con gravedad imponente, en majestuoso silencio, solamente interrumpido por los vibrantes acordes de los violines, que ejecutan notables tocatas; no desprovistas de mérito al fin como producciones de arte popular. La comarsa, cuando algún edicto de la autoridad no frustra sus planes, recorre todas las calles céntricas de la villa desde el lunes de la tan gran semana, pero principalmente durante el jueves y viernes, y la relativa tranquilidad y silencio que resulta de la supresión de coches y tranvías, realzan sobremanera sus religiosas canturias.

Las canciones se ejecutan a dúo, haciendo de primeras tiple las mujeres de los mismos tañedores.

En Sevilla

El que haya visto Cofradías como la del Cristo de la Expiración—imagen atribuida a Ruiz de Gijón, escultor del siglo XVII—que sale el Viernes por la tarde, y la popular de la Macarena,

única que lleva centuria de soldados romanos, no olvidará fácilmente las características manifestaciones de religiosidad del pueblo andaluz. Los Nazarenos descalzos, penitentes marchando detras del «paso», los cofrades con las largas colas de sus negras túnicas recogidas al brazo y que sólo sueltan al pasar por delante la tribuna de personas reales; las sentidas y populares «sactas», todo tiene allí su aire típico.

El paso de la Hermandad de la Pasión del Salvador lleva cuatro medallones. Representan otros tantos pasajes de la Pasión ejecutados en madera por el escultor sevillano D. Manuel Gutiérrez R. Cano, artista que se ha hecho cargo del canasto nuevo en construcción para la Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Pasión. La imagen designada con este nombre se venera en la parroquia del Salvador. La Hermandad de Nuestro Padre Jesús de la Pasión es tan numerosa que cuenta más de trescientos hermanos.

Yo los perdono

Estamos en la Real Capilla del palacio de la plaza de Oriente de Madrid y es Viernes Santo: 21 de abril del año de las gigantescas calamidades de 1916.

Sus Majestades los Reyes don Alfonso XIII y doña Victoria ocupan el puesto que les corresponde bajo el dosel de terciopelo morado con franjas de oro.

La Corte española y numerosa concurrencia que a la Corte no pertenece, llena la amplia y hermosa Capilla ¡y hay en soberanos, Príncipes, nobles y pecheros ese sello de gravedad que brota de las almas y se imprime en las fisonomías mientras se desarrollan actos imponentes.

Llega el momento de la adoración de la Cruz y el Rey deciente del lugar que ocupa. Avanza hacia el sagrado símbolo el joven y apuesto monarca español y cuando se dispone a adorarlo, se aproxima a él el Obispo de Sión, en cuyas manos brilla una bandeja de plata. En esa bandeja aparecen varios rollos de papel atados con sendas cintas negras; son los expedientes de los reos condenados a muerte en todo el reino.

El Prelado presenta al Soberano la bandeja y con voz enternecida le dice:

—Señor, la justicia de los hombres les ha condenado: ¿les perdona V. M. en nombre de la justicia Divina?

—Sí, contesta el Rey, y que Dios me perdona como yo les perdono a ellos.

Un sacerdote cambia las negras cintas por otras blancas....

El momento es de solemnidad estereocedora. Los coros magistrales de la Capilla cantan algo que penetra en los corazones, y mientras en las azules pupilas de la Reina guapa brilla una lágrima, la majestad de don Alfonso XIII se inclina tres veces ante el madero de las redenciones y lo besa. De la regia mano cae una moneda de oro y un rayo de sol primavera pasa a través de los ricos cristales de las claraboyas y nimba la cabeza gallarda—con gallardías de inteligencia y de caballerosidad—del heredero de Carlos V.

Quizás parezcan arcaicas a los *spiritus superiores* ceremonias como esa que se ha complacido en describir mi pluma. ¿Arcaicas? ¿Y qué es lo que no lo es en nuestros días? Arcaica es la guerra y en los comienzos del vigésimo siglo del cristianismo, media Euro-

pa se desangra y muere en los campos de batalla. Arcaico es el patíbulo, y sin embargo, se levanta en las monarquías y en las Repúblicas... Lo único que no es arcaico es ese perdón que descendiendo del trono secular de los Reyes de España, va a reconocer en nombre de la piedad el derecho a la vida a los mismos que en instantes espantosos negaron tal derecho en nombre del crimen.

¡Proteja Dios a don Alfonso XIII y prolongue por muchos años el reinado del monarca que perdona a la sombra de fórmulas viejas como los siglos y jóvenes como todo lo que propende a la práctica de principios inmutables de humanidad!

Y sean fecundos y venturosos los días del monarca que levanta su alma conservando hoy vidas humanas y honrando un día después la memoria ilustre de Cervantes cuya casa en Valladolid convierne en centro instructivo para los niños y para los obreros.

¡Aleluya!

Una palabra tiene diecinueve siglos en los labios la Iglesia de Dios; una palabra que continuará saliendo de ellos sin interrupción hasta la consumación de los tiempos. Esta palabra es la que compendia en cierto modo toda la fiesta de Pascua: ¡Aleluya!

Aleluya cantó mientras sus hijos espiraban uno a uno destrozados por las fieras en los circos romanos, o entregaban su cabeza a la cuchilla de los verdugos.

Oprimida, diezmada, chorreando sangre por todos sus miembros, frente a frente de un mundo poderoso que empleaba en destruirla un lujo horripilante de ferocidad, durante tres siglos de desigual combate mostró siempre en los ojos la luz de la esperanza, en los labios la sonrisa de la mansedumbre, y nunca cesó de repetir el *aleluya* gozoso que aún hoy lanza al mundo del siglo XX.

Este *aleluya* es un cántico de victoria. ¿Qué secreto poder es, pues, el de esa institución que, confesándose oprimida, vejada y destrozada, tiene no obstante valor y seriedad suficientes para desafiar a sus verdugos con tales alardes? Respuesta sencilla. Tiene el secreto poder que Dios ha dado en todos tiempos a la verdad y al bien; el de ser aparentemente vencidos siempre en su lucha constante con el error y el mal, y ser realmente vencedores siempre en esta misma espantosa lucha. Y como la Iglesia, después de Dios, o mejor, como Dios mismo, es la personificación más completa de la verdad y del bien sobre la tierra, de ahí que la Iglesia sea también en apariencia eternamente vencida en sus luchas con el mundo, pero en realidad eternamente vencedora. Por lo primero gime y geminará perpetuamente. Por lo segundo llenará siempre los ámbitos del globo con el festivo y triunfal *aleluya*.

¡Contradicción! exclamará alguno. No contradicción, amigo mío, no contradicción, sino misterio, pero misterio más claro que la luz del día. Misterio que tiene en su favor por testigos todos los capítulos de la historia. Misterio que es la desesperación del infierno, condenado a crucificar, y a matar, y a sepultar continuamente a la Iglesia, sin acabar jamás de dar cuenta de ella. Misterio de consuelo para todo católico que se sienta alguna vez sobrecogido de abatimiento ante la ruda persecución que por todas partes nos embiste.

Nuestra Pasión es perpetua. Pero es también perpetua nuestra Resurrección. Hay una mano infernal que empuja con fuerza la nave para sumergirla, pero hay otra mano divina que la sostiene constantemente a flote. ¿Es verdad o no?

Desde que un grupo de pobres fariseos se entretenía en cerrar herméticamente con los sellos públicos las junturas del sepulcro del

Salvador, de donde había de salir la corriente de la verdad a inundar las cinco partes del mundo; desde aquel día memorable en que ponían guardas de vista a la puerta de la cueva para impedir que los discípulos robasen el cuerpo de aquel *embaucador*; cuántas veces imaginó el mundo acabar presto, muy presto con la obra del Crucificado? ¿Y cuántas y cuántas otras un *enérgico aleluya* ha venido a demostrarle que lo que él creía sepultado, andaba todavía lleno de vida, radiante como siempre de gloria y de majestad?

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Dejadme repetir hasta cien veces esta palabra, recuerdo de nuestras victorias de mañana y de siempre! ¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Cómo llena el corazón, como lo ensancha, y lo abre y lo desahoga esta gloriosa palabra! Concibo la inmensidad de las alegrías del cielo. ¡Qué será la alegría del cielo sino la alegría de un *aleluya* sin fin! ¡Luchar! ¿Y qué importa luchar cuando es segura la victoria? ¡Padecer! ¿Y qué importa padecer cuando el triunfo es infalible? ¡Morir! ¿Y qué vale morir, cuando hay la seguridad de una eterna resurrección?

Decídme: ¿por qué ha sido combatida siempre la Iglesia de Dios? Claro está; porque nunca ha sido vencida. Si el infierno ha tenido necesidad de renovar tantas veces el ataque, es sin duda porque los anteriores le salieron siempre infructuosos. No la combatiera hoy si la hubiese vencido en el combate de ayer, ni la combatiera hace tres siglos si la hubiese vencido hace dieciocho. Pues bien, la combatirá del mismo modo hasta el juicio final, porque ni aun entonces habrá alcanzado todavía la victoria que tantas veces se ha prometido. He aquí el misterio de esa Iglesia siempre vencida y siempre vencedora. Ambas cosas son verdad. Pero su vencimiento no pasó de ser pasajero y parcial, su victoria es lo que en el conjunto resplandece.

¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Que brame el infierno! ¡Aleluya! ¡Que maquinen los pobres de la tierra! ¡Aleluya! ¡Que se burlen de nuestras exageraciones los fariseos! ¡Aleluya! ¡Que triunfe la iniquidad, que nos abata, que nos abruma, que nos confunda, que incendie y demuela nuestros templos, que degüelle y despedace nuestros cuerpos y sacie de hiel y de oprobio nuestras almas! ¡Aleluya y siempre aleluya!

Nuestra existencia sobre el mundo tiene dos aspectos diversos, ambos profundamente verdaderos. Es Pasión continua, y es Pascua eterna. De un lado el eclipse, las tinieblas y las agonías del Viernes Santo; del otro los resplandores magníficos y la feliz alborada del día de Pascua.

¡Bendita madrugada! ¡Aurora dichpsísima que con tus tibios fulgores alumbraste la majestad de tu primera victoria! ¡Hora matinal en cuyo solemne y misterioso silencio resonó el primer *aleluya* cantado por los Angeles del cielo! ¡Palidicentes estrellas cuya dudosa claridad presenció la primera vergüenza de nuestros enemigos! ¡Que nunca cese de traer a la memoria nuestra alma, ¡arto necesitada! ¡ay! de vuestros consuelos! ¡que nunca cese de abataarnos vuestro recuerdo en las negras horas de la tribulación! ¡que se conserve el fresco, siempre lozano, con el verdor de una primavera eterna, en el corazón de los pueblos, para enseñarles a esperar siempre, a siempre esperar y a nunca desfallecer.

Tienda de José Ramón Solera y Hno.

Surtido completo de mercaderías para todos los gustos y al alcance de todos los gustos y al alcance de todos los bolsillos. Depósito de sedería, casimires géneros de todas clases y calzado.

LA RESURRECCION

¿Hay en toda la historia un hecho tan experimentado, por la incredulidad misma y por el desinterés de los testigos? Es *proverbial* la incredulidad de los Apóstoles en la Resurrección. El relato que ellos mismos hacen de ella es una confesión de esto. No se pueden imaginar más garantías, sino es la fe que desplegaron cuando les hubo convencido el hecho tan experimentado.

Si, pues, para admitir que fué quimérica la Resurrección del Salvador es fuerza admitir con Renan una predisposición a creer en ella y una facilidad de persuasión en los Apóstoles, no hay duda alguna que es el acontecimiento más atestiguado y el más real de la historia.

Aug. Nicolás

NICOLAS F. MEZA

CIRUJANO DENTISTA

Tiene su oficina desde hace años: 150 varas al Sur del Banco de Costa Rica, donde Dios primero, ofrece dejar satisfechos a sus clientes.

Revista de la Prensa

Marzo 23.—«La Información.»—La guerra de los Estados Unidos con Alemania es inevitable; el Congreso ha sido llamado a sesiones el 2 de abril.

24.—«La Información.»—Editorial sobre el caso de Costa Rica y el caso de Rusia; expone sus dudas y hasta algo así como un resentimiento por la conducta del Gobierno de los Estados Unidos, que ha reconocido inmediatamente al Gobierno de Rusia y no ha reconocido todavía el de Costa Rica. En realidad no creíamos necesarias tantas lamentaciones y reflexiones por tan poca cosa; Estados Unidos tiene toda razón para obrar así *quia nominar leo*, y a Rusia hay que guardarle atención por la misma justísima razón; con nosotros es distinta la cosa.—La «United Fruit» y la «Ward Line» han sido notificadas de que el Gobierno americano tomará sus vapores.—Un ejército de cien mil soldados bajo las órdenes de Roosevelt, irá a pelear a Francia tan pronto como se declare la guerra.

25.—«La Información.»—El hundimiento del «Heldton» ha agravado la difícil situación entre los Estados Unidos y Alemania.

27.—«La Información.»—Los Estados Unidos están haciendo rápidos y extensos preparativos militares.—Ha sido hundido el trasatlántico americano «San Luis».

28.—«Nueva Era.»—Siguen los interesantes artículos históricos sobre Cartago, que hace días empezó a publicar este diario.

29.—«El Imparcial.»—Saludo de bienvenida al señor Director don Rogelio Fernández Guehl, quien regresa hoy al país, procedente de España, en el vapor «Metapán».

29.—«El Imparcial.»—Manifiesto del Sr. Jefe Provisorio del Gobierno acerca de las próximas elecciones: de

sea que sean absolutamente libres, a efecto de que los votos que se recojan en las urnas sean sin disputa la expresión de la genuina voluntad política de los costarricenses.

30.—«La Información».—Francia va a llamar la clase de mil novecientos dieciocho. Muchos alemanes se están trasladando de E.E. U.U. a México; se temo que pretenden destruir los pozos ingleses de petróleo. Los apoderados de las antiguas agrupaciones políticas (el Dr. Duran y el Lic. Fernández) apoyan la candidatura de Tinoco y la recomiendan a sus amigos.

30.—«La Información».—Los submarinos alemanes han hundido dos veleros norteamericanos. Un articulo en que se exponen las razones por que todos debemos votar el domingo.

Tienda EL SOL

de don Saturnino Meléndez

La más surtida y bien montada de la ciudad de Heredia

Gran existencia de pañuelos, zarazas, lanas y novedades de varios géneros.

Especialidad en objetos de fantasía para bodas, regalos, etc. Visítad EL SOL: baratura, bondad y economía.

Miscelánea

La Esperanza

La esperanza es el tesoro del alma que padece, el consuelo que aleja nuestros dolores, lo único que nos alienta para seguir luchando contra los más amargos desencuentros.

El hombre no puede vivir sin ella; la busca, la acaricia, la aprisiona en su pecho para que dulcifique sus amarguras, y guiado por sus respaldores de dicha y de ventura, marcha por el mundo confiado de alcanzar aquello que le muestra, aunque sepa que para conseguirlo ha de aportar todas sus energías.

La esperanza, como dijo un escritor, alegra tanto como el dinero, y aunque es verde, brilla más que el oro.

En todos nuestros actos se mezcla siempre de una manera inevitable y nos mueve a obrar, nos hace activos, nos consuela y nos arrastra con su mágico poder.

Lo mismo la encontramos en el arte que en la religión; lo mismo existe en el alma del que padece que en el alma del que goza; lo mismo la desea el poderoso que el mendigo.

Si nos fijamos en el hombre, vemos que sus pensamientos, sus ilusiones, sus deseos, no son otra cosa que esperanzas, y que ellas, la mayor parte de las veces, inspiran todos sus actos.

Son parte de nuestra vida, de nuestro ser, algo que vive en nosotros, que nos consuela y nos alienta.

¡Desgraciado del ser que tenga muerta su esperanza y haya visto secarse la flor más preciada del jardín de su vida!

En resumen:

La esperanza que no tiene otro objetivo

que las satisfacciones mundanas, es insaciable; aquélla, que el mejoramiento moral, constante y decidido, le hace concebir, la misericordia y justicia divina como premio a ese triunfo sobre los vicios y pasiones, en una lucha tenaz en toda una existencia: esa esperanza no muere nunca, acompaña al agonizante hasta en los últimos estertores de su agonía, y en una dulce sonrisa de esperanza animará sus labios moribundos.

L. A. T. E.

EN LA PASION

Es atado y llevado preso el que mantiene y conserva todas las cosas y las encamina y guía. Es entristecido el que es solaz de los desconsolados y tristes. Es coronado de espinas el que administra rosas y flores para las coronas de los demás. Es juzgado y condenado el juez de vivos y muertos. Tiene sed el que por venas secretas comunica agua a las fuentes: y es mal herido y lastimado el que es salud verdadera de todos los heridos. Muere la vida de todos los vivientes; recibe afrontas de todos el que honra a sus siervos y amigos y de quien se derivan todas las horas.

Fr. J. de los Angeles

Las Catedrales

La Cruz, tendida sobre la tierra para recibir el homenaje que parece ríndrle la materia arrodillada, es la base del templo. La rosa mística que deja la señal de sus hojas en las nervaduras cruzadas de las bóvedas, y que asoma en los rosetones y se despliega en los pináculos, es su cumbre.

La Catedral, como la sociedad que la engendra y la refleja, vive. El incienso es su salento; la música del órgano su voz, y el foco de la vida misma, la síntesis suprema, la unión sin confusión de lo finito y lo infinito, está sobre el altar, de que la Catedral entera es magnífica custodia, en que las Ciencias y las Artes se congregan, citadas por el amor.

Y la sociedad entera se ha dado también cita para levantarla primero y habitarla con una misma plegaria después.—Vázquez Mella.

Poned a las gentes a la vista de las Pirámides de Egipto, y os dirán: por aquí ha pasado una civilización grandiosa y bárbara; ponedlas a la vista de las estatuas griegas y de los templos griegos, y os dirán: por aquí ha pasado una civilización graciosa, brillante y efímera; ponedlas a la vista de un monumento romano, y os dirán: por aquí ha pasado un gran pueblo. Ponedlas a la vista de una Catedral, y al ver tanta majestad unida a tanta belleza, tanta grandeza unida a tanto gusto, tanta gracia junta con una hermosura tan peregrina, tan severa unidad en una tan rica variedad, tanta mesura junto con tanto atrevimiento, tanta morbidez en las piedras y tanta suavidad en los contornos y tan pasmosa armonía entre el silencio y la luz, la sombra y los colores, os dirán: por aquí ha pasado el pueblo más grande de la Historia y la más portentosa de las civilizaciones humanas; ese pueblo debe tener del egipcio lo grandioso, del griego lo brillante, del romano lo fuerte, y sobre lo fuerte, lo brillante y lo grandioso, algo que vale más que lo grandioso, lo fuerte y lo brillante: lo inmortal y lo perfecto.—Donoso Cortés.

La Gloria de Dios

Cada nota que el viento murmura, cada rayo de luz en el sol, cada flor en la verde llanura, es un himno a la gloria de Dios.

Marineros que alzáis con orgullo en la popa gentil pabellón de las olas el ronco murmullo os proclama la gloria de Dios

Labradores, que al monte sombrío disputáis de la tierra el favor el rumor de las mieses de estío os enseña la gloria de Dios.

Es el mundo una lira sublime que modula en eterna canción, si su-pira, si canta o si gime, siempre, siempre la gloria de Dios.

CARLOS WALKER MARTINEZ

NOTAS GENERALES

La fiesta celebrada en Alajuela el domingo p. p. en ocasión de la bendición del nuevo Altar Mayor, estuvo muy concurrida y coronó con éxito las esperanzas del Presbtero. Zúñiga y los que con él habían trabajado para su buena organización. Concurrió a darle mayor solemnidad la presencia del Ilmo. Sr. Obispo y del Sr. Ministro de la Guerra, cuyo recibimiento fué verdaderamente espléndido.

Reiteramos al Sr. Cura de Alajuela nuestras felicitaciones por el fruto alcanzado en sus trabajos.

En estos días circuló con insistencia el rumor de que el Dr. Iriás había sido asesinado en New Orleans. Ya se sabe, de buena fuente, que la noticia no pasa de ser un canard.

A la distinguida esposa del Dr. Iriás, doña Adilia, nuestras congratulaciones por haber recobrado la tranquilidad que le había hecho perder tan sensible noticia.

Por dificultades de última hora no puede salir en este número la conferencia que dió el Presbtero. Rojas en el Centro Católico; queda levantada para el número próximo.

DE ALFARO RUIZ

Los vecinos de Laguna están de plácemes con el adelanto en que está la construcción de su templo. Felicitamos al Sr. Dn. Félix Villalobos por su constante actividad, y a don Justo Leiva por la acertada dirección de los trabajos.

En Zarceiro se prepara con entusiasmo la Semana Santa, como lo indica un interesante programa que circula por el vecindario.

Corresponsal.